

ALGUNAS NOTAS DE CONVERSACIONES CON ORTEGA

Durante el tercer viaje de Ortega a la Argentina tuve la fortuna indescriptible de conocerlo y de tratarlo mucho. Entre fines de 1939, pues, y comienzos de 1942, lo vi frecuentemente.

Después de casi todas las entrevistas anoté, dentro de los días siguientes, buena parte de lo dicho por Ortega. Creo que la síntesis fue en general bastante fiel. Pero una de las cosas que más seguiré lamentando toda mi vida es no haber hecho un esfuerzo mucho mayor. Debí haber tratado de anotar siempre el día mismo de la entrevista, y haber trabajado mucho más sobre mi memoria para intentar que la transcripción de lo oído fuera poco menos que literal. Por desgracia, no lo hice así.

Tal vez la justificación de esta relativa desidia haya sido que yo era en aquel tiempo un muchacho de entre diecinueve y veintiún años, y que a esa edad el sentido de la responsabilidad no suele haber llegado a su máximo.

La fuerte falta de tiempo de que ya padecía yo entonces influyó también en que estas notas no fuesen todo lo exhaustivas que, ilimitadamente, se merecía la maravillosa conversación de Ortega.

Sea como fuere, al seleccionar la parte de ellas que se publica ahora pienso que no reflejan del todo mal —claro está que con la pobreza de lo escrito frente a lo hablado vivido— algunas de las cosas a mi juicio más significativas que oí a Ortega en esas deslumbradoras, inolvidables, entrevistas.

En unos pocos casos la frase o frases van entre comillas. En ellos, al anotar, yo tenía la seguridad de que se trataba de las palabras textuales oídas.

JAIME PERRIAUX

Durkheim palpó el problema de lo social como cosa deshumanizada, pero no alcanzó a darse cuenta de lo que había palpado.

La sombra es en España negra y no gris como aquí.

Para aprender alemán —se entiende, alemán de lectura— el mejor método es tirar al profesor por la ventana una vez que le ha enseñado a uno las primeras palabras, y luego seguir solo.

Hay temas comunes entre Ortega y Heidegger porque ambos están en un mismo nivel, cada uno, por supuesto, trabajando de manera distinta, pero con una base común.

Hay mucho de colectivo en cada uno de nosotros, y se vive mucho de eso que es genérico, pero no por eso deja de existir el fondo insobornable personal. Un caso de cómo se combinan ambas cosas es el de la vocación. Uno decide ser médico, y esto es algo colectivo, mas uno decide ser médico desde el fondo íntimo de su ser, forjándose un programa personal de su vida como médico.

Lo de salir íntegro de uno mismo para ponerse a una cosa, aprehenderla, y después volver a sí y rumiarla y mascarla bien, cerrado ahora a lo exterior, como la forma más alta de la autenticidad.

Cuando en “Intimidades - La Pampa... promesas”, se refería a *Crítica* y *La Razón* había una alusión trágica: lo lamentable que es ver que esas cosas tan trascendentales anden en manos de quienes andan, vendiéndose a 10 centavos.

Los pueblos latinos se han venido fijando desde hace mucho tiempo en la literatura, en el arte y no en el contenido doctrinal. Ahora estamos en épocas en que hay que dejarse de eso, abandonar aquellas cosas e ir a lo dramáticamente importante.

Lo que pasa ahora en la Argentina es que hay una falta de programa vital absoluta. A eso se debe la parálisis.

“El problema de la vida, que cada vez veo más profundo...”.

Un problema interesantísimo, y del que depende mucho el llegar a saber si la Argentina debe colocar su vida a un blanco alto o no, es éste: ¿se ha hecho en el campo argentino, dadas sus posibilidades y las de sus explotadores, en los últimos cien años, realmente lo que se podía hacer, o se ha estado muy por debajo de ello?

Las cosas en la Argentina le parecen lo mismo que en los otros dos viajes, pero más complejas, con más facetas. Lo que sucede es que las otras veces eso actuó por presión sobre él; no lo observaba a distancia, como objeto, que es lo que está haciendo ahora. En otras palabras, cada día se es más factoría.

Los jóvenes tienen algo de común con las ratas: llevan las novedades y las propagan. Por eso los que tienen un mensaje importante deben dirigirlo a los jóvenes.

Algo asombroso aquí es este fenómeno: como consecuencia de la inmigración hay varios tipos fuertemente acentuados (físicos) que son marcadamente extranjeros (alemán, p. e.). Sin embargo en todos ellos hay un común denominador (físico también) que es criollo. Este es un hecho ante el cual, por el momento, lo único que se puede hacer es comprobar su existencia. Se encuentra uno muchas veces con hechos de ese tipo, inexplicables aún, pero que están allí. En ese caso la misión del pensador consiste en dejar constancia de su existencia. Más adelante vendrá su explicación.

Los barrios de Buenos Aires son algo que apasiona a Ortega. Uno de sus placeres aquí es recorrerlos y observarlos. Lo característico en ellos, y que los distingue de los de París, por ejemplo, es que no están articulados en la ciudad, formando una estructura vertebrada, sino que están añadidos unos a otros, en forma parecida a la constitución de un anélido.

Hay que abrirse, hay que abrirse a fondo ante la realidad. Pero ese abrirse no puede ser pasivo: hay que ser una esponja que tire intensamente para adentro.

Esa apertura y absorber las cosas se efectúa sobre todo después de sólido trabajo intelectual (haber pensado toda una tarde, por ejemplo). En efecto, esto hace que se hipertrofié nuestro dentro, como contraste al fuera, y que así podamos colocarnos con verdadera independencia frente a las cosas. Si no, somos puro "fuera".

La gran misión de la filosofía es libertar el pensamiento. Claro, el que se halla habituado a moverse en un ámbito dado se ha formado asociaciones sólidas de las que no puede salir. La filosofía le permite romperlas y ver las cosas de nuevas maneras.

La cuestión del hombre a la defensiva tiene hondas raíces históricas. Hay que tener en cuenta que el europeo llegó aquí y dijo: esto es para mí. Los demás, nada. Ésta es la base psicológica de donde viene luego “América para los americanos”. Lo peor es que, después, viendo todo lo superior que hay en Europa, dijeron: “Europa para los americanos”, pero sin abandonar la posición anterior.

De todo esto viene la defensividad y también la suspicacia, el complejo de inferioridad, etc.

La cuestión fin del Estado es algo desprovisto de sentido. Claro está que ello sucede para Ortega porque sus ideas sobre esta cuestión son de una heterodoxia grande. En efecto, al Estado hay que tomarlo como a un hecho cósmico, una tormenta o una marea, y estudiarlo así. El fin se lo daremos más adelante nosotros; pero él, problecito, no lo tiene.

Lo mismo pasa con la sociedad. Hay que dejar de una vez por todas a un lado la idea de que la sociedad es algo hecho deliberadamente. No; de la misma manera que el hombre nace sumergido en la naturaleza, nace sumergido en la sociedad.

Aquí en Buenos Aires se encuentran menos libros importantes que los que deberían encontrarse en realidad y esto es un síntoma muy malo, porque indica que no hay un deseo difundido por esos libros.

La Argentina es un pueblo más joven aún que los demás hispanoamericanos. No olvidar ese hecho y tratar de ver qué influencia ha tenido. Estamos, en el sentido cronológico, atrasados un siglo. La fecha de fundación de Buenos Aires lo pone en evidencia.

Hay disciplinas que han tenido la desgracia de que por ellas no pasasen más que burros, y ningún tipo fino y sutil. La Historia es una de ellas, la Etnología otra. El caso de la Sociología es distinto, porque es tan nueva y aún en formación.

No se ha hecho nunca un estudio de las letras de tangos, y ello revelaría muchas cosas.

Es una gran lástima que en estos últimos años hayan pasado las cosas que han pasado, porque eso ha impedido que el pensamiento trabajase libremente, lo que es grave, por que se había llegado a un punto tal que al fin se iba a poder comenzar a trabajar formalmente. En efecto, se habían hecho ya todos los tanteos (a lo largo de la historia del pensamiento) y se habían agotado casi todas las posibilidades. En otras palabras, se conocían las limitaciones del pensamiento.

Ahora ha venido esto, que es la última gran estupidez (la guerra de 1939), el último ensayo para asegurarse que eso es lo que no sirve y completar así el "tesoro de los errores".

Los Estados Unidos son indudablemente algo prodigioso y ese crecimiento ha sido estupendo. Con todo, no hay en ellos, a lo largo de su historia, individuos de mucho interés, porque han sido demasiado absorbidos por la política y los negocios.

Lo que ha caracterizado a Francia siempre ha sido una magnífica complacencia en la vida.

A Ortega le parece bien que las constituciones de las naciones americanas hayan establecido esos poderes ejecutivos fuertes.

De acuerdo con la física actual la materia es escasa en el espacio. ¡Imagínese, pues, lo que lo será el sentido común!

La sociología en Ortega. Lo que ha hecho es superar el abismo que había entre las dos grandes tendencias: la de negar realidad a los fenómenos sociales (lo que es un disparate) y la de darles sí realidad pero cargarlos en seguida con ese fenómeno difuso, irreal, de un alma colectiva, voluntad popular, etc.

La circunstancia es la gran maestra. La acción debe ser determinada siempre por ella. Los planes premeditados son siempre esquemáticos y desvitalizados, inconexos con la realidad. Debemos sumergirnos en la circunstancia y hacer lo que ella nos indique.

En la historia del pensamiento humano, considerado desde el punto de vista de su función vital, hay tres grandes etapas: la primera es cuando es usado sin que quien lo emplea se dé cuenta de ello y de que tiene tal instrumento; hace todo lo que puede hacer el hombre de hoy en día, son las mismas funciones psíquicas que llenan la esfera del pensamiento hoy en día, pero son puestas en acción sin que quien las utiliza reflexione sobre ello y de ello tenga conciencia. La segunda etapa es aquélla en que el individuo conoce esas capacidades que tiene y las emplea ya deliberadamente y cuando lo cree necesario. Esta es la etapa en que ya se deja el primitivismo. La tercera es aquella otra en que el hombre, además de ese uso caracterizado por la deliberación y la conciencia de él, desarrolla además una técnica de aquellas capacidades, crea un arte para usarlas, y aparecen las intelectuales. Esta es la época en que aparecen en Grecia los Siete Sabios, los primeros intelectuales de veras, esa cosa absurda que es el hombre que se dedica a pensar y nada más.

Los tranvías y sus refugios son en las grandes ciudades algo patético, ese sitio donde se unen por algunos instantes varias vidas y luego se van, se separan y ya no se encuentran más.

Una de las cosas que impresionan a Ortega, por lo que de ello puede salir, es ese hecho de que la Argentina sea tan crisol y haya en ella tanta mezcla y tanta gente extraña. Le parece conveniente que haya disminuido algo la inmigración porque eso dará tiempo a que todo entre en reacción, se combine y salga el producto nuevo.

El verdadero derecho internacional es la guerra. Ortega me dijo que ésa es su opinión, pero que no se atrevió a decirlo en el "Epílogo para Ingleses". El derecho internacional interesa porque por lo mismo que es algo tan en el aire, tan en *status nascens*, permite ver con exactitud muchos de los problemas más fundamentales de la filosofía del derecho. Lo grave en él es que no sólo no hay usos (primer paso hacia un posterior y auténtico derecho) sino que ni siquiera hay ideas sobre lo que podrían ser aquellos usos.

En todo lo que sea estudios filosóficos lo que interesa no es el tiempo que se dedique a ellos, sino la calidad del pensar. Se trata de tomar un problema cualquiera y empezar a revolverlo, examinarlo, pensarlo y repensarlo. Calidad sobre todo. Además es muy importante la continuidad, no andarse dispersando, sino hacerlo con intensidad y firmeza. Día tras día, pero un poquito todos los días sin falta. Dedicar dos horas diarias ya está muy bien.

No se puede producir hoy en día (intelectualmente, se entiende) por este motivo: hay en la producción intelectual un juego de sifón. El ambiente ejerce una succión y ella hace que del intelectual salga al exterior lo que se ha pensado. En circunstancias como las actuales y desde hace seis o siete años esa succión está totalmente paralizada y no se verifica la producción. Claro está, la labor íntima del intelectual prosigue: el ver las cosas y procurar ponerse en claro respecto a ellas, el hacerse problema de ellas, etc., pero no se efectúa el parto de esas actividades.

En estos últimos tiempos ha reinado (y es ésta una de las manifestaciones del hombre-masa) un afán igualitario enorme. Más adelante vendrá uno de diferenciación, de reconocer y respetar jerarquías, etc.

La dificultad más grande en el trato con el criollo reside en que no se abandona.

Una de las cosas más terribles de nuestro tiempo es que en ningún lado se quiere oír al intelectual. La gente se imagina que ella ¡la gente! puede tener opiniones acertadas sobre las cosas, y así las emite, sin querer hacer caso a los únicos que se hallan en condiciones de hacerlo. Se olvida que para poder hablar sobre algunas cosas es necesario una severa disciplina previa, entrañada en una labor vigorosa de años, y que sólo eso da el derecho a tener ideas sobre aquellas cosas.

Lo que sucede ahora es algo equivalente al caso de quien quisiera jugar al ajedrez de esta manera: uno de los participantes conoce perfectamente sus reglas, y sabe que hay que atenerse a ellas; el otro, en cambio, mueve las piezas con toda arbitrariedad e irresponsabilidad, sin querer someterse a nada. Es, por otra parte, lo que le sucede al intelectual de hoy día algo parecido a lo que les sucedía a los conquistadores españoles en su lucha contra ciertas tribus colombianas. Estas cubrían el suelo de púas envenenadas. Por supuesto, si uno quería, podía meterse ahí... Del mismo modo el intelectual podría hablar si así lo quisiera hacer, pero no... el hablar del intelectual supone que uno puede caminar sobre terreno firme, que los pies no van a sufrir, etc.

En los ingleses la deseabilidad de ciertas cosas (el pacifismo, por ejemplo) ha producido una ceguera tan colosal que han llegado a creer que era una cosa pasada ya el haber en un pueblo (Alemania en este caso concreto) una fuerte voluntad bélica.

El intelectual, el intelectual auténtico, es siempre algo insolente, ya que viene con cosas nuevas y que forzosamente chocan. De ahí el carácter paradójico de su producción. Lo que sucede es que a veces el intelectual se ve despojado de sus verdaderas cualidades de tal y conserva sólo la insolencia, y eso sucedió bastante entre algunos de los intelectuales españoles de los últimos años.

Una de las cosas que más impresionan a Ortega de lo que está sucediendo en el mundo en estos días es asistir así al crujir y derrumbarse de la historia. Es que todo lo humano es así, frágil y fantasmático, y, lo que es peor, expuesto a desaparecer, a volatilizarse, sin dejar huella alguna, a diferencia de lo material, que desaparece, pero que deja huella.

Dice Ortega que leer *De Legibus*, de Cicerón, es interesante entre otras cosas porque se ven allí los mismos problemas y las mismas dudas exactamente que aún hoy existen alrededor de “derecho”, “justicia”, los problemas de la “filosofía del derecho”, etc. Aún nadie ha hincado el diente de lleno en todas estas cosas.

Las traducciones inglesas de los clásicos son bonísimas. La manera más cómoda y acertada de leer los clásicos es ésta: leer la traducción y recurrir al texto, que está enfrente, sólo cuando se tiene un interés especialísimo, o se quiere hacer una cita o algo por el estilo.

Algo pavoroso, tremendo, en la vida argentina, es su gran homogeneidad: todo igual, todo parejo. Los pueblos son todos iguales, los barrios lo mismo; hasta podría asegurarse que los barrios son sólo pueblos agregados a una ciudad y los pueblos barrios que se han soltado.

El Estado, ese hecho terrible del Estado. Lo que sucede es que estamos acostumbrados a él y no nos preocupa, pero hay que hacer un esfuerzo —y el filósofo es quien se dedica a hacer tales esfuerzos— para asombrarse y quedar estupefacto ante aquello a que estamos acostumbrados, ponerse en el estado de ánimo de un personaje de otro planeta donde no hubiera aquello que nos visitara, y decirse ¡caramba, qué cosa tremenda es esto del Estado!

Nadie ha llegado a pensar hasta ahora en la sociedad como utopía, como ese estar queriendo ser, porque ello, claro, implica admitir que hay cosas (y todo lo humano es así) cuya realidad consiste en no ser lo que son. (Por eso Ortega me decía que él vuelve a echar pesas en el platillo de Heráclito, para hacer subir el de Parménides).

Sílfides le parece a Ortega encantador. Pura irrealdad. Eso de no tener argumento es sobre todo lo que le gusta más.

Ortega admira a Mallarmé, pero no en una forma ilimitada. Dice que tenía un gran sentido poético, pero que, desgraciadamente, no poseía los medios suficientes para expresarlo. “Era mudo”. El caso de un individuo dotado generosamente para la pintura y que fuera manco. Por otra parte, dice Ortega, se han dado muchas veces casos así, de individuos que tenían el genio, pero no el talento.

Para Ortega una de las cosas más lamentables de lo que está sucediendo en estos días es que ello impide que en todos los campos del pensamiento humano y de la ciencia se empiece —como se hubiera empezado a hacer si no— a trabajar en serio.

Porque claro, hasta ahora el pensamiento se había concretado a explorar sus posibilidades, a hacer el ensayo de sus fuerzas, a reconocer el terreno sobre el cual se trabajaría luego, a hacer el *tour du propriétaire* y, como consecuencia de todo esto, se había andado de prisa, sin detenerse ante las cosas, improvisando, no haciendo trabajo serio.

Ahora, en cambio, una vez terminada esa operación previa se iba a empezar a trabajar de veras; el pensamiento, conociendo ya sus limitaciones, se iba a concretar a cumplir su misión: detenerse frente a las cosas, absorber esa realidad, y decir cómo es; esto es, se iba a concretar a la búsqueda de la verdad. La actitud “pensamienta” más típicamente opuesta a ésta es la de los —no por eso menos geniales— pensadores post-kantianos (Schelling, Hegel, Fichte).

También la revolución nazi es un movimiento tan típicamente de hombres-masa como la fascista. Lo que sucede es que, claro, los pueblos son muy distintos. Lo peor de todo es que todo ello ha sido inevitable, si bien no deseable. Son procedimientos, con todo, sólo provisionales, que viven únicamente gracias a su eficacia, es decir, a su encajar en una circunstancia, y no por poseer un sentido en sí mismos; son, por lo tanto, mero apaño. No había otra cosa, y se recurre a eso. Pero habría que probarlos en la adversidad. Allí es donde se ve si una cosa vale de veras o no. La realeza, por ejemplo, fue probada en la adversidad, y demostró que sobrevivía. El ejemplo de Francisco I, varios años prisionero en Madrid por Carlos V, ¿se le hubiera ocurrido a alguien pensar en cambiar el régimen, o, lo que es menos, en sustituir al Rey?

Lo que había hecho el pensamiento hasta ahora era algo parecido a la actividad del joven: precipitada, alocada, sin clara conciencia de lo que se hace, etc. Ahora, en cambio, como sucede un día en la vida del hombre, se iba a poner al paio y a trabajar en sus limitaciones, con calma y verdadera eficacia.

Los hombres se dividen en dos grandes categorías: los hombres con problemas y los hombres sin problemas. Y los primeros han venido al mundo para ser torturados y combatidos y mortificados por los segundos.

Me dijo en algún momento, a propósito de no recuerdo qué: "...la vida humana, que es algo indominado, y tal vez indominable".

Ortega me explicó que hay que distinguir entre Estado y función estatal. No son lo mismo. La función estatal, esto es, el mando, es algo que forzosamente existe, y es constitutiva de ella, en toda sociedad. El Estado, en cambio, es algo que aparece un buen día en la sociedad como instrumento,

técnica; para hacer más pulido y eficaz al mando. Es un ejemplo formidable de racionalización de lo social. Como todo lo humano, es también intermitente, y termina luego por hacerse normal. Aparece un día, desaparece, vuelve a surgir, queda esta vez más tiempo, etc. Lo mismo pasa, por ejemplo, con el poeta, con el médico; surgen un día en la sociedad, se van haciendo menos intermitentes, y un buen día está constituido el hueco correspondiente a aquella función en la sociedad y aunque en realidad no exista el auténtico poeta, por ejemplo, hay “poetas”.